

La vida provincial

El diablo de las provincias

JUAN CÁRDENAS

Periférica, Cáceres (España), 2017,
181 pp.

ESTA ÚLTIMA novela de Cárdenas — la primera a la que se consagra tanta atención — es un plausible artefacto literario, tanto por la sencillez que caracteriza su armazón y su lenguaje, como por los elementos de reflexión que integran los temas tratados. En esta ocasión, el joven autor estructura en 26 capítulos, cuya extensión oscila entre las cuatro y las cinco páginas, un relato que fluye hacia adelante en el tiempo y que, en ciertos pasajes, apenas se detiene unos instantes para volver su mirada al pasado. Es un puro dejarse caer en el presente. Su prosa está acompañada a los ritmos del desencanto y cierta fatiga existencial caracteriza la voz del narrador (tercera persona, omnisciente), que a veces habla con la púdica pero falaz indiferencia de aquel que no quiere ver pero que al mismo tiempo está viéndolo todo. En últimas, una lucidez que linda con el cinismo: de eso está constituida la diégesis que envuelve al personaje principal de *El diablo de las provincias*, de la sabiduría de aquel que se dejará arrastrar si se le propulsa desde su inercia con suficiente convicción. Sus frases escuetas por momentos sugieren el bostezo o la apatía (la indiferencia pareciera un esfuerzo inalcanzable) que suscita la realidad de un mundo donde campean la brutalidad y el fanatismo. No obstante, este tipo de escritura descarnada, carente de florituras, no repele al lector, está lejos de ser un defecto. Cárdenas hila fino en su escritura, su sobriedad se desprende de la agudeza de su observación, y en esa economía radica la solidez de este libro, un descubrimiento cuyo valor ya han saludado otros autores como Carolina Sanín.

Después de años en el extranjero (cursando estudios de doctorado), el biólogo, personaje principal, regresa a su ciudad natal, una urbe de provincias a la que, con una mezcla de desapego y hostilidad, llama “ciudad enana”. Naturalmente, el retorno es complejo no solo por el reencuentro con lo que

años antes había pretendido romper definitivamente, sino porque además viene aderezado con derrotas (divorcio y desempleo). En el desajuste existencial y espacial que implica volver a la realidad del país en la provincia, el biólogo opta por esperar, confía en su capacidad de adaptación y en que las cosas serán diferentes a antaño. Entonces, mientras estas se enderezan, y a sabiendas de que lo van a explotar, acepta un mediocre empleo como profesor de biología en un colegio católico femenino donde la mitad de sus estudiantes adolescentes están embarazadas. Una de ellas rompe fuente en plena clase y, en el trayecto al hospital, el biólogo la ayuda a parir en un recodo de carretera rural. El neonato es uno de los hijos del temido Caballero de la Fe, pseudocientífico e influyente predicador de una secta religiosa, ligado también a la política de la ciudad pigmea. Hubiese sido mejor no enterarse, le da a entender la rectora.

En torno a él orbitan otras relaciones: un jíbaro esotérico de ideas extravagantes, un tío naturalista recluso en un manicomio y una madre arribista. También una exnovia con quien se restablece la comunicación después de años de silencio. Por ella, el biólogo termina involucrado en un escabroso enredo: la mujer lo acerca a las fuerzas oscuras del monocultivo de palma africana que buscan con urgencia a alguien con su perfil para erradicar al escarabajo picudo, una “plaga” que está haciendo estragos en sus plantaciones. Tras negarse a participar en el proyecto por considerarlo nocivo para el ecosistema (toma la defensa del escarabajo), el biólogo es secuestrado por mercenarios y sometido a tortura psicológica. Y como no quiere que le ocurra lo mismo que a su hermano, especialista en litigios de propiedad rural, asesinado por acaparadores de tierra, termina por aceptar el trabajo. Sella un pacto definitivo con el fracaso ahora que este vuelve a convocarlo con suficiente convicción, pero lo hace con irónico estoicismo, como si siempre hubiese estado a la espera de algo mucho peor. En un gesto de autosarcasmo, retuerce su ética profesional (ahora le parece necesario atacar al coleóptero) y, fiel a su forma de caer, se precipita al fondo del estercolero. Continúa cultivando su estética del fracaso.

¿Novela negra? ¿Policíaca? ¿Híbrido de ambas cosas? Lo interesante, en todo caso, no estriba en su pertenencia a tal o cual género, si no en las preguntas que plantea y los problemas a los que se acerca, que son en principio dos: por un lado, la naturaleza, y por otro, el nuevo fanatismo religioso. Ambos elementos naturalmente aterrizados en una provincia de la Colombia contemporánea. Veamos el asunto de la naturaleza, que es el más llamativo.

A diferencia de algunas novelas cuya trama es ambientada en el trópico, la de Cárdenas no incurre en una ingenua y efusiva exaltación de la selva, como la trilogía de William Ospina, o la obra de José Eustasio Rivera. En *El diablo de las provincias* no hay tal alabanza, o por lo menos no está enunciada en los mismos términos ni en la misma óptica de los otros coterráneos mencionados. La de Cárdenas es otra mirada, aunque no es necesariamente la opuesta. Es original porque no humaniza la selva (ni la deshumaniza, más bien la “diaboliza”), la percibe con objetividad científica. El lector adivina, sin embargo, que el prodigio de la naturaleza está ahí, pero a la sombra de su lado maligno y corruptor. Las fuerzas naturales aparecen asociadas a lo deforme y demoníaco.

A este respecto, no debe olvidarse que el autor presenta su relato como una fábula en miniaturas, lo cual en el marco de una visión dogmático-religiosa de la naturaleza (esbozado en la novela) sugiere cierta cercanía con el panel derecho del tríptico *El jardín de las delicias*. Esto porque algunos personajes van adquiriendo una máscara de animalidad a medida que se precipitan en el desastre de sus vidas (el vástago del Caballero de la Fe es una especie de engendro con protuberancias en el cuello, al que no se puede reconocer porque lleva el rostro densamente cubierto de pelo). Y si además se evoca el primer epígrafe (de Robert Bly), en el que, a pesar de su hermetismo, se puede captar implícita una correlación entre lo simiesco y el fanatismo religioso, el bebé de rostro peludo puede leerse como una alegoría que asocia lo monstruoso al dogmatismo.

Ahora bien, más allá del lado estético de este asunto, lo que de él trasluce

en la obra es la confrontación de dos miradas sobre el mundo natural, a saber, una científica, laica, y otra dogmática. Una noche de fiesta el biólogo, termina involucrado en una discusión medioambiental con una politiquera que, apoyándose en la clarividencia del Caballero de la Fe, denuncia el deshielo de los polos como una falacia del terrorismo científico que cacarean mamertos resentidos. Para ella, el planeta funciona como una nevera que, al alcanzar un superávit de hielo, se descongela para eliminar dicho exceso. Y esto ocurre natural y automáticamente, es decir, según los designios del gran Padre Creador.

El segundo epígrafe (hay tres, y son claves para entender a cabalidad el relato) es una pista inequívoca de lo que se propone problematizar el autor. La alusión al *Frankenstein* de Shelley recoge el ya trillado aunque todavía significativo motivo de la ambición del hombre por dominar el mundo natural, pero va más allá porque lo que pone en primer plano no es ya la dimensión de lo monstruoso-humano sino la de lo humano-monstruoso: se trata del pasaje en que la criatura intenta convencer a su creador de que le regale una compañera. ¿Con qué fin? El exilio del mundo de los hombres en las selvas de Suramérica, donde no volverá a lastimar a nadie ni alterará ningún equilibrio. “Mi perspectiva es humana y pacífica”, anota la criatura, arguyendo en su defensa que no requiere de mucho para subsistir y que tampoco lo mueve la ambición de poder. De este modo, el interrogante que nos lanza la novela es: ¿resulta entonces mejor el monstruo que el humano? Es aquí donde detecto una mirada interesante, paradójica (y novedosa, por lo menos en nuestras letras) de la relación naturaleza-humanidad, que se puede extrapolar al contexto del posconflicto colombiano: ¿demencia extractivista, monocultivismo aniquilador, o sensatez y respeto por los ecosistemas? Y esto Cárdenas lo plantea sin incurrir en tonos panfletarios y sin deslizarse en los dominios del ensayo. Todo queda expresado en los términos de la ficción. Para la muestra un botón: el tercer epígrafe, en apariencia una sencilla línea de Enrique Lihn: “¿O nos perdimos, realmente, en el bosque?”, constituye en el fondo una

de las preguntas fundamentales de *El diablo de las provincias*. ¿En dónde estamos? Ya juzgará el lector la proporción de su propio extravío respecto al mundo natural.

Para concluir, sobre el final del relato: hemos dicho antes que tiene 26 capítulos sin precisar que, después del último, la voz del narrador se modifica y cede su lugar a una que se expresa en primera persona e interpela directamente al lector haciendo uso del modo imperativo. En letra cursiva, esta última porción de texto, cargada de una ingeniosa ironía, cierra la novela con un discurso proferido por una voz situada en un *más allá* desde el que se mofa de Colombia.

Desde las montañas de Colombia. Todos estamos cambiando para que todo siga igual (...) lucha para que todo lo que amas sea declarado Patrimonio Cultural de la Humanidad (...). Proactivo emprendedor de la Contrarreforma (...). Vete a vivir al campo (...). Fabrica tu propio alimento (...). Quítate la máscara. Sé tú mismo.
(pp. 179-180)

¿Es la voz del autor que irrumpe en el texto para sentar posición? ¿O es la del biólogo, la verdadera, la que en un principio lo llevó a rechazar el trabajo con los monocultivistas, y que ahora habla desde el asco que le produce el mundo depredador que ha terminado por absorberlo? Lo cierto es que se trata de una suerte de epílogo que, además de recoger los temas de la novela, recrea en miniatura (también en caricatura) el espíritu de esta época retrógrada en la que predominan el dogma y la ignorancia. Acaso sea, para decirlo con Cárdenas, la voz aposentada en el silencio que sigue a una música ejecutada al unísono por machetes, predicadores, retroexcavadoras, politiqueros y torturadores.

Mauricio Polanco